

Reconstruir la muerte propia

BÁRBARA ENRÍQUEZ S. *

Reconstruir la muerte implica abrir un espacio creativo para pensarla/mentalizarla, desmitificándola e integrándola al curso natural de la vida. Ella se dignifica y la muerte se convierte en potencia para ser representada a partir del pensamiento de Freud, Dufourmantelle, Green, Winnicott, Bion y De Masi, entre otros. Partiendo de la cualidad negativa y la presencia ausente de la muerte, se favorece la posibilidad de que el miedo, la ambigüedad y la incertidumbre que nos produce pueda ser transformada intersubjetivamente.

PALABRAS CLAVE: Propia muerte, miedo a la muerte, mentalización, duelo, representación afectiva.

Rethinking or mentalizing death opens a creative space to demystify it, integrating it to the natural course of life. Life is dignified and death is given power to acquire representation through authors such as Freud, Dufourmantelle, Green, Winnicott, Bion and De Masi among others. The possibility of transforming it intersubjectively, parting from its negative quality, its missing presence is enlightened as a way to deal with death's ambiguity, fear and uncertainty.

KEYWORDS: Own death, fear of death, mentalization, grief, affective representation.

* Doctorado en Psicoanálisis, Universidad Intercontinental, México. Contacto: episiou@hotmail.com



Dentro de la cultura occidental, la muerte de una persona significativa resulta en la posibilidad de ocurrencia de nuestra propia muerte. El psicoanálisis se ve retado a pensar nuevamente en la muerte, pues, en un inicio, se la hacía parte de la pulsión y componente de la expresión de síntomas y mecanismos defensivos.

Para De Masi (2004), el psicoanálisis ha investigado el tema de la muerte a partir de tres puntos de vista. El primero tiene que ver con la presencia o ausencia de la representación de la muerte en el inconsciente; el segundo y más frecuente, con el tema de la ansiedad de separación, las pérdidas y las muertes de seres queridos, y la tercera, que habla del sufrimiento mental como resultado de la ansiedad de muerte.

La *Revista de Psicoanálisis de Buenos Aires* publicó un artículo de Mario Pujó (2006) en el que se refiere a los analistas y la muerte. Toca nuestra imposibilidad como analistas de hablar de la muerte. Se le esquivo, se le vive como enajenada. La muerte invertida es la que conoce la sociedad cuyo ritmo no acepta ni pausas ni demoras, por lo que es a la misma muerte a la que pretende matar.

Se desprecia a la muerte y se le intenta expulsar, pero es en ese momento en el que se le confiere grandeza. Se concilia finalmente con la muerte. Se hace alusión a la expresión de “consentir la muerte”, que, quizás, sirve para designar aquella posición de la existencia que acepta el reconocerse en lo irremediable de la finitud. Esta actitud demuestra que se es capaz de tomarla en consideración para orientar y precipitar su acto como cuando la eutanasia o el suicidio asistido se ponen sobre la mesa. Es Lacan quien dice que Sócrates no muere como hombre cuando elige soberanamente el momento de su muerte. Ello lo convierte en sujeto y, por tanto, lo hace inmortal.

Métodos paliativos en torno a la muerte

La investigación más reciente presentada por Goli-jani-Moghaddam (2014) en el artículo “Practitioner psychologists in palliative care: Past, present, and future directions”, realizado por psicólogos y psicoanalistas en torno a la muerte, está aparejada con el desarrollo del tratamiento paliativo.

Esa nueva corriente llegó a México por influencia europea y el siglo XXI marca la introducción a este tipo de prácticas con la creación de unidades de cuidados paliativos dentro y fuera de los

hospitales, junto con la capacitación en tanatología del personal de salud interdisciplinario.

En 2008 se promulgó la Ley de Voluntades Anticipadas para el Distrito Federal, ahora Ciudad de México, que tiene como objetivo el rechazo de tratamientos que sólo prolongan el sufrimiento del enfermo. Posteriormente, se reformó la Ley General de Salud en materia de cuidados paliativos, donde se establece garantizar el cuidado integral del enfermo terminal administrando fármacos para mitigar el dolor, pero en ningún caso utilizar éstos con la finalidad de acortar o terminar con la vida del paciente (Ordóñez y Monroy, 2016).

De esta manera, empieza a desmitificarse la muerte y se construyen vías que preparan psicológica, social, espiritual, cultural y emocionalmente a las personas para el final de la vida como un proceso que sucede en determinadas circunstancias que no por ser extremas les quitan humanidad a las personas. Al contrario, les da un carácter progresivo donde se prioriza la naturalidad de la muerte como un estado inevitable y transitorio en el que se cuida la auto-



nomía y el derecho de los pacientes (Sarmiento-Medina, Vargas, Velásquez, Sierra de Jaramillo, 2012).

La corriente contemporánea habla de la importancia de lo negativo, de la ausencia y el vacío; también, de la constitución psíquica del ser humano a partir de la falta y la frustración óptima de la madre, por lo que se abre en la época posmoderna la posibilidad de pensar lo que no está como lo que posibilita un nuevo ordenamiento, incluso creativo.

El concepto de mentalización en el psicoanálisis

El concepto de *mentalización* representa una línea de teorización importante para el psicoanálisis francés desde hace 40 años aproximadamente. Bateman y Fonagy (2004) comentan la influencia de autores como Lecours, Bouchard, Bion, Green, Marty y Luquet en lo que a mentalización se refiere. La tradición francesa limita el uso del concepto a la transformación de fuerzas y afectos. No así para Green, quien logra integrar la tradición de Marty y Luquet con la teoría del pensamiento bioniana.

Para Bion (1970), las funciones de mentalización son una influencia mutua entre dos mentes que se estimulan por medio de procesos de interacción intersubjetivos. El pensamiento emerge de elementos que se unen para representar algo que no está presente. Pueden transformar el inconsciente sin registro, no reprimido, en otro inconsciente representacional. Herpertz (Bateman y Fonagy, 2004) señala a las memorias implícitas, materiales alternativos susceptibles de ser mentalizados.

Se presentan dos actitudes contrapuestas frente a la muerte: una que la admite como aniquilación de la vida y la otra que la desmiente como irreal

Por su parte, Freud (1915) dice que el hombre primordial vive inmutable en nuestro inconsciente; por tanto, nuestro inconsciente no cree en la muerte propia; por consiguiente, se conduce como si fuera inmortal. Se presentan dos actitudes contrapuestas frente a la muerte: una que la admite como aniquilación de la vida y la otra que la desmiente como irreal. Sin embargo, también se conserva en cada uno de nosotros una relación con la muerte que permanece oculta en estratos más profundos, desde donde no se conoce absolutamente nada negativo y es invisible para nuestra conciencia. Desde este lugar, no se conoce la muerte propia a la que sólo podemos darle un contenido negativo.

En el caso de Green (2005), la muerte está presente en negativo en la vida y también contribuye a estructurarla, a darle viveza

y sustento. Ella cobra su figura de ser absoluto cuando la búsqueda de la satisfacción prosigue fuera de toda recompensa; es decir, que no se la tiene en mente como objetivo. Como si de cualquier forma ocurriera y la búsqueda misma hubiera encontrado su bien en el abandono de toda búsqueda de gozo y el deseo ya no la guiara. En este sentido, la vida se hace equivalente a la muerte porque es liberación de todo deseo. Desde el lugar del no deseo, Lacan lo llamaría *goce*. El goce sería el lugar de la muerte.

Para Winnicott (1972), la muerte sería la representación de la ausencia de representación, pues la persona misma ante su propia muerte habría desaparecido como persona viva y su representación interna se habría esfumado. Ya no estaría presente para percibirse por medio de sus sentidos y, entonces, estaría en lo negativo, en lo real.



Volviendo a Green (2005), el narcisismo negativo/el narcisismo de muerte desde el que nos desobjetalizamos es necesario para pensar la nada, abriendo un espacio transicional para hacerlo. Desde mi interpretación, el narcisismo negativo es necesario para pensar la muerte y trabajar a partir de lo negativo a fin de echar a andar el sentido de transformación.

Siguiendo esta misma idea, me parece que César y Sara Botella (2003) dirían, también, que la noción de una pulsión de muerte previa, identificada la pulsión de muerte con lo negativo, es indispensable para pensar un más allá, accediendo así al pensamiento de la negatividad. Se trate del terror por la no representación o del dolor del duelo, la vía regresiva del pensamiento es un medio para transformar la fuerza de estos afectos en “potencia sensorial” de una figurabilidad. La muerte desde la nada sería irrepresentable. Aunque es irrepresentable mientras no sea pensada por otro y pueda ser contenida por un continente que la acoja para que después de

ser habitada, le dé representación y, pensando en Roussillon (2013), así le sea posible una simbolización primaria.

Por otro lado, Dufourmantelle, en su libro *El elogio del riesgo* (2015), escribe que tener a la muerte imaginaria en la línea de mira no nos garantiza estar vivos. Sin embargo, abre la posibilidad de que sobrevenga lo inesperado, pues la luz viene desde atrás, desde ese ángulo que llaman *muerto*.

El hombre y el terror a la muerte

Los hombres siempre han tenido terror a los muertos y han necesitado calibrar ese terror y controlarlo con distintas prácticas. Quizás, en la actualidad, se haya desplazado el terror a los muertos al terror a la muerte. La muerte golpea al deseo de eternidad, es un desmentido contundente a los deseos narcisistas de eternidad. A veces, detrás de

este temor a la muerte, se esconde el temor a la vida (Pelento en Heker, 2003).

Como resultado de la experiencia de muerte de una persona cercana y querida, experimentamos sensaciones de pérdida y duelo. Somos llevados a confrontar el miedo relacionado al sufrimiento tanto de la persona que murió, como la que nos produce su falta. Es decir, ante la muerte de una persona significativa, nos es revelada la incertidumbre, ambigüedad y finitud de nuestra propia existencia. Se ha visto que, encontrarse con alguien próximo a morir, remite a la finitud humana de cualquier individuo (Oliveira, 2012). Moviliza la angustia existencial y el miedo por la propia muerte (Velasco, 2011). Dufourmantelle (2015) diría, a propósito de arriesgar la vida, un concepto muy suyo, que la muerte de alguien más, aplaza la propia.



El hombre que ha aprendido a morir ha desaprendido a ser esclavo, dice Alizade (2012), pues el miedo contribuye a que le temamos y no sólo a que no sepamos enfrentarla y hablar de ella, sino que nos sintamos orillados y encerrados a no darle cabida. Continuamos negándola hasta que llegamos al momento de encontrarnos cara a cara con ella y ahí el miedo nos sobrepasa y nos encontramos desprovistos de pensamientos para poder pensarla y adueñarnos de ella como quien se adueña de un preciado tesoro, como reflejo de lo que nuestra vida ha sido.

¿No sería mejor dejar a la muerte, en la realidad y en nuestros pensamientos, el lugar que por derecho le corresponde, y sacar a relucir un poco más nuestra actitud inconsciente hacia ella, que hasta el presente hemos sofocado con tanto cuidado? (Freud, 1915: 301).



Con esta pregunta, Freud señala la ventaja de dejar mayor espacio a la veracidad, contribuyendo a que la vida nos resulte de nuevo soportable, pues soportarla, continúa siendo el primer deber de todo ser vivo.

Para Freud (1915), el sistema inconsciente contiene las investiduras de cosa primeras y genuinas de los objetos y el sistema preconciente nace cuando la representación-cosa es sobreinvertida por el enlace con las representaciones-palabra que le corresponden. Desde la preconcencia ya ligada a representaciones-palabra, y a nuestro yo oficial, comenta Freud (1950) en su correspondencia con Fliess, devienen conscientes las investiduras. Son secundarizadas por medio del pensamiento.

Por otra parte, todos los procesos que suceden en el preconciente carecen de toda cualidad psíquica; por tanto, no son objeto de la conciencia mientras no le ofrezcan un placer o un displacer para su percepción. Sin embargo, el sistema preconciente requiere cualidades propias de las representaciones independientemente

de los signos de displacer, para enlazar los procesos preconcientes con el sistema mnémico de los signos del lenguaje. De esta forma, la conciencia que antes era sólo un órgano sensorial para las percepciones, se convierte, también, en el órgano sensorial para una parte de nuestros procesos de pensamiento. Ellos adquieren cualidad cuando se asocian con recuerdos de palabra; de esta manera, es atraída la atención de la conciencia para pensarlos.

La representación involucra procesos de ligadura, que son el fundamento del pensar, dice Fishbein (2000). Es importante considerar la posibilidad de representación y de transmisión de los estados afectivos por medio de la palabra.

La represión produce una división entre el afecto y su representación, por lo que siguen caminos distintos y es hasta que esta última accede al sistema preconciente que el afecto aparece. Las investiduras para devenir conscientes necesitan un refuerzo de cualidades nuevas que pueden adquirir mediante el enlace con palabras o, dicho de otra manera, a partir del pensamiento.

En *De guerra y muerte* (1915), Freud reflexiona acerca de la guerra y sustenta que, a partir de la muerte de personas amadas, el hombre ya no pudo mantener lejos de sí a la muerte.

Asociando la actitud de la muerte a *Lo ominoso* (1919) por ser aquello que resulta terrorífico e incierto para el intelecto y que no resulta familiar porque se le ha reprimido, la muerte se presenta como una posibilidad inanimada o inerte.

Es hasta 1920 que Freud apunta que el ser humano no puede representar su propia muerte, pues todos creemos en nuestra inmortalidad como resultante de la omnipotencia de nuestro pensamiento inconsciente. Sin embargo, nuestro inconsciente no conoce nada negativo ni negación alguna; los opuestos, incluso, pueden coincidir en su interior.



Para los procesos mentales que se suceden en el inconsciente no existe el tiempo y éste tampoco puede cambiarlos en ningún sentido. Si el inconsciente es atemporal, la muerte no puede encontrar una representación finita. La muerte es admitida como aniquilación de vida, pero también es desmentida como irreal. La pulsión de muerte es una fuerza biológica imparabile que se encuentra silenciosamente trabajando en el interior de todo ser humano. Tiene como resultante una ocurrencia catastrófica personificada por la destrucción y autodestrucción del yo y, por otra, una silenciosa y pacífica vuelta al estado de nirvana: principio súbdito de la pulsión de muerte cuya meta es conducir la inquietud de la vida a la estabilidad de lo inorgánico (Freud, 1924).

Según De Masi (2000 en 2004), la teoría psicoanalítica más reciente describe al inconsciente no sólo como el lugar en el que el pensamiento omnipotente se instala, sino también como aquél en el que habitan comunicaciones y verdades inconscientes, aunque resulten desagradables, hablando de nuestra propia muerte.

La pulsión de muerte es una fuerza biológica imparabile que se encuentra silenciosamente trabajando en el interior de todo ser humano

Lo dicho por Freud (1925) en *La negación*, respecto de la pulsión de destrucción como sucesora de la expulsión, me hace pensar en la posibilidad de existencia de una representación inconsciente de la muerte que es negada por la función intelectual para separarla del proceso afectivo que ella implica; mas no porque no tenga representación en el inconsciente, sino porque es vivida como amenazante y se evita que llegue a la conciencia por medio de la represión.

Aunque a la muerte no se le pueda percibir como tal, la percepción no es un proceso puramente pasivo, diría Freud en ese mismo artículo. Es el yo el que envía periódicamente al sistema perceptual pequeñas investiduras que hace de estímulos externos y, con ello, contribuye a la dilación del pensamiento; pero también podría pensarse que le dosifica pequeñas dosis de muerte que se

reencuentran con sus vestigios inconscientes. A través del juicio, podemos incluir o expulsar aquello que siga conformando al yo. Aunque es por medio de la fórmula negativa que el yo puede reconocer lo inconsciente.

Quizás, el hecho de que se piense y se diga que la muerte “no” tiene representación en el inconsciente es porque se trata de un hecho innegable y, al mismo tiempo, innombrable, pero que tiene una representación que, por tambalear el sentido que le damos a la vida, es mejor no concientizar. Por nuestro ser omnipotente, por la herida narcisista que ella sugiere por la finitud, la ambivalencia, la ambigüedad y la incertidumbre. Porque no son conceptos que “no” puedan más que confrontar nuestra propia existencia.

Por otra parte, considerando que “lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo”, todo lo vivo regresa a lo inorgánico obedeciendo a la naturaleza exclusivamente conservadora de las pulsiones. Freud (1920) se cuestiona si, en el inicio de la vida, ambas pulsiones, tanto las del yo, como las



sexuales, existen de manera paralela desde los orígenes y si, además de ellas, que persiguen fines distintos (las primeras, la muerte y las segundas, la vida), pudieran existir otras que aspirasen no a restablecer un estado anterior, sino uno todavía no alcanzado.

La representación psíquica de la muerte no tiene un correlato físico en la experiencia, y sólo en el caso de un displacer insostenible ocasionado por el dolor físico y/o

mental, el ser humano podría traducir la descarga motriz que este displacer pudiera sugerir, en acción en una acción encaminada a la procuración de su propia muerte (eutanasia-suicidio asistido) con la finalidad de acabar con el sufrimiento y recuperar el estado de equilibrio primigenio, la tranquilidad de la muerte, la paz o su reincorporación al estado originario de los seres en comunión con el universo circundante. Cada uno tendría el potencial de retraerse no sólo de la vida física, sino también de la psíquica.

Al respecto, Clark y Ameisen (cit. por De Masi, 2014) consideran que los genes de la muerte



pertenecientes a todo ser viviente permanecen inactivos en tanto están rodeados de las condiciones propicias para mantenerse en ese estado; si cambian, las células están capacitadas para iniciar un proceso de suicidio o autodestrucción con la finalidad de preservar su equilibrio. Así se confirma desde la biología la unión indisoluble que existe entre la vida y la muerte.

Habría que pensar la presencia ausente de la muerte, haciéndola presente y registrándola como una ausencia en nuestro pensamiento que, paradójicamente, nos dé la oportunidad de pensarla, integrándola así a nuestra existencia. Quizás, por medio de la mentalización de la muerte.



La mentalización permite la reflexión sobre las incompatibilidades entre la propia experiencia del *self* de la persona y la manera en la que esta experiencia existe en la mente del otro. La capacidad para mentalizar hace menos probable que la mente recurra automáticamente a la disociación para proteger su estabilidad cuando se encuentra enfrentada con la “alteridad”. A través del otro, puede reemplazar

la protección de la disociación por una capacidad para sentir el conflicto interno como soportable. Mentalizar al otro significa experimentarlo, confirmarlo, sustentarlo en su mente asegurando la continuidad de su *self*. Significa construir significados cognitivos que resulten reales al conectarlos con significados afectivos aunque sean traumáticos (Bromberg, 2017).

La mentalización puede utilizarse como vía consciente para crear un inconsciente en el que la muerte propia tenga cabida en plenitud y paulatinamente a medida que logremos hacerla parte del ciclo vital. Creando espacios de intimidad entre nosotros, en los que no tengamos que vernos orillados a hablar del tema, no porque

nos abruma el dolor de la pérdida, sino porque, conscientemente, decidimos hacerle un lugar en nuestra existencia.

Paradójicamente, y por medio del inicio de conversaciones en torno a la muerte, puede empezar a mentalizarse y animarse con la certeza de que tenemos un lugar en la mente del otro desde la cual nos reconocemos. A nivel social, se abre un espacio para la aportación de nuevas perspectivas para pensar nuevos fenómenos sociales-jurídicos como el derecho al aborto y a la eutanasia.

Referencias

- Alizade, A. M. (2012). *Clínica con la muerte*. Buenos Aires: Biebel.
- Bateman, A. y Fonagy, P. (2004). *Psychotherapy for Borderline Personality Disorder*. Gran Bretaña: Oxford University Press.
- Bion, W. (1970). *Atención e interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Botella, C. y Botella, S. (2003). *La figurabilidad psíquica*. Buenos Aires: Amorrortu, 15-52, 63-70.
- Bromberg, Ph. (2017). *La sombra del tsunami y el desarrollo de la mente relacional*. Madrid: Agora Relacional.
- De Masi, F. (2014). *Making Death Thinkable*. Londres: Free Association Books, 157.
- Dufourmantelle, A. (2015). *El elogio del riesgo*. México: Paradiso Editores, 286.
- Fishbein, J. E. (2000). La clínica psicoanalítica y las enfermedades somáticas. *Revista Psicoanálisis AP-deBA*, 22(1), 157-182
- Freud, S. (1915). *De guerra y muerte. Temas de actualidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1915). *Lo inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1919). *Lo ominoso*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1920). *Más allá del principio del placer*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1924). *El problema económico del masoquismo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1925). *La negación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1950 [1892-99]). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Golijani-Moghaddam, N. (2014). Practitioner psychologists in palliative care: Past, present, and future directions. *Counselling Psychology Review*, 29(1), 29-40.
- Green, A. (2005). Narcisismo de vida, narcisismo de muerte. Prólogo. *El narcisismo y el psicoanálisis ayer y hoy*. Buenos Aires: Amorrortu, 11-28.
- Heker, L. (2003). Entrevista a María Lucila Pelento. *Revista de Psicoanálisis APdeBA*. Tomo LXVII, 4, 801-821.
- Oliveira, S. G., Quintana, A. M., Denardin-Budó, M.^a, De Andrade de Moraes, N., Fonseca, M., Argemi, P. (2012). Internação domiciliar do paciente terminal: o olhar do cuidador familiar. *Revista Gaúcha de Enfermagem*. 33(3), 104-110.
- Ordóñez, N.A. y Monroy, Z. (2016). Experiencia de familiares de enfermos con cáncer terminal respecto a las decisiones al final de la vida. *Nova Scientia* 8(2), núm. 17, 492-512.

- Pujó, M. (2006). Los analistas y la muerte. *Revista de Psicoanálisis apdeba*, 4, 591-601.
- Roussillon, R. (2013). El proceso de simbolización. Las simbolizaciones primarias y secundarias. *Revista Asociación Psicoanalítica de Madrid*, 69.
- Sarmiento Medina, M., Vargas, S., Velásquez, C., Sierra de Jaramillo, M. (2012). Problemas y decisiones al final de la vida en pacientes con enfermedad en etapa terminal. *Revista de Salud Pública*, 14(1), 116-128.
- Velasco, R. (2011). *Lo elemental, lo patológico y lo terapéutico del duelo*. Tesis. Universidad Intercontinental.
- Winnicott, D. W. (1972). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.